

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

El lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo (Mensaje 10)

Lectura bíblica: Tit. 3:5

- I. En 1 Timoteo se recalca la iglesia, en 2 Timoteo las Escrituras, y en Tito el Espíritu Santo:
 - A. La iglesia es la casa del Dios viviente, la cual expresa a Dios en la carne, y ella es columna y fundamento de la verdad, la realidad divina del gran misterio, esto es, Dios manifestado en la carne—1 Ti. 3:15-16.
 - B. La Escritura es el aliento de Dios, y como tal, contiene Su esencia divina y nos la transmite para nutrirnos y equiparnos, a fin de hacernos perfecta y completamente aptos para ser usados por Dios—2 Ti. 3:15-17.
 - C. El Espíritu Santo es la persona divina, la cual nos lava y renueva en el elemento divino para hacer de nosotros una nueva creación, una entidad que posee la naturaleza divina, a fin de que, en la vida eterna de Dios, lleguemos a ser herederos de Dios que reciben todas las riquezas del Dios Triuno—Tit. 3:4-7.
- II. “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a Su misericordia, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo”—v. 5:
 - A. La palabra griega aquí traducida *regeneración*, se refiere a un cambio de condición; nacer de nuevo es el comienzo de este cambio—cfr. Mt. 19:28:
 1. El lavamiento de la regeneración comienza con nuestro nuevo nacimiento y continúa con la renovación del Espíritu Santo, que es el proceso mediante el cual Dios produce Su nueva creación, un proceso que hace de nosotros un nuevo hombre; este lavamiento se puede considerar

- como un proceso, efectuado con la vida divina, en el cual algo es restaurado, recreado o reconstruido.
2. El bautismo (Ro. 6:3-5), el despojarse del viejo hombre, el vestirse del nuevo hombre (Ef. 4:22, 24; Col. 3:9-11), y el ser transformados por la renovación de la mente (Ro. 12:2; Ef. 4:23), están todos relacionados con este maravilloso proceso.
- B. El lavamiento de la regeneración purga de nuestro ser todo aquello que procede de la vieja naturaleza de nuestro viejo hombre, y la renovación del Espíritu Santo imparte en nuestro ser algo nuevo, a saber, la esencia divina del nuevo hombre:
1. Al ocurrir esto, pasamos de nuestra vieja condición a una condición completamente nueva, de la vieja creación a la condición que corresponde a la nueva creación.
 2. Por ende, tanto el lavamiento de la regeneración como la renovación del Espíritu Santo seguirán operando en nuestro ser continuamente y a lo largo de nuestra vida hasta que la nueva creación sea completada.
- C. La regeneración es una especie de lavamiento que se realiza en la obra salvadora de Dios; este lavamiento es, en efecto, una gran renovación de los creyentes, efectuada por la salvación divina, que los capacita para deshacerse de todo lo procedente de su vida natural y de la vieja creación, y así llegar a ser la nueva creación de Dios—Tit. 3:5; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15.
- III. Nosotros estamos en el proceso de ser renovados de día en día con el elemento divino por medio de la renovación que efectúa el Espíritu Santo en nuestro ser mediante los sufrimientos que experimentamos; la finalidad de tal renovación es que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén—2 Co. 4:16-18; Ap. 21:2:
- A. Dios es la novedad misma, y la novedad es Dios; la vieja creación no contiene nada de Dios, pero la nueva creación tiene a Dios mismo como su único elemento constitutivo—2 Co. 5:17; Ez. 36:26; Mt. 9:17; Ef. 2:15; 2 Co. 3:6; Ap. 21:2:
1. Para ser renovados de día en día mediante la renovación del Espíritu Santo, quien se ha mezclado con nuestro espíritu, tenemos que andar según el espíritu en novedad de vida y servir en la novedad del espíritu—Ro. 6:4; 7:6:

- a. Todo lo relacionado con nuestro espíritu regenerado es nuevo, y todo cuanto procede de nuestro espíritu es nuevo; así pues, nuestro espíritu regenerado es una fuente de novedad debido a que en él están el Señor, la vida de Dios y el Espíritu Santo—2 Ti. 4:22; Ro. 8:10, 16.
 - b. Todo cuanto seamos, hagamos y tengamos debe estar en el espíritu; todo cuanto Dios es para nosotros, está en nuestro espíritu—1:9; 2:28-29.
2. Mediante la regeneración, nuestro espíritu —no nuestra alma— ha llegado a formar parte de la nueva creación de Dios; tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente (la parte principal de nuestra alma) permitiendo que nuestro espíritu mezclado se extienda a nuestra mente para hacer que nuestra alma llegue a formar parte de la nueva creación—Ef. 4:23.
- B. Es necesario que seamos renovados al permitir que la esencia de Dios, que es siempre nueva, sea impartida en nuestro ser con el fin de que reemplace nuestro viejo elemento:
1. El Espíritu de Dios renueva a los creyentes al infundir en las partes internas de su ser los atributos de Dios, los cuales son por siempre nuevos, jamás envejecen y son imperecederos e inmarcesibles—Tit. 3:5b; Ro. 12:2a; Ef. 5:26-27.
 2. El Espíritu de Dios renueva a los creyentes al hacer que éstos experimenten la muerte de Cristo en la cruz, la disciplina del Espíritu de Dios en su entorno y la impartición metabólica del Espíritu como vida, todo esto con el fin de que ellos sean renovados de día en día al despojarse de la vejez de la vieja creación y al expresar en su vivir la novedad de vida de la nueva creación—2 Co. 4:16; Ro. 6:4; cfr. Pr. 4:18.
- C. El propósito de Dios al conducir a los Suyos a estas diversas experiencias, es que ellos ganen más de Él, sean partícipes de Él mismo, le posean y le disfruten cada vez más, por encima de cualquier otra cosa, hasta que el disfrute de ellos alcance toda su plenitud, según la revelación divina presentada al final del Nuevo Testamento, con miras a que Su pueblo llegue a ser, finalmente, la Nueva Jerusalén—Fil. 3:7-14; 2 Co. 4:16-17; Ap. 21:2.

- D. La intención de Dios es derribar todos los aspectos de nuestro hombre natural y reconstruirnos consigo mismo para hacernos un nuevo hombre, una parte de la nueva creación de Dios, a fin de que se cumpla la economía eterna de Dios con miras a la expresión de Dios—2 Co. 5:17; Gá. 6:15:
1. El hecho de que Dios se apareciera a Job da a entender que Dios quería ayudarle a Job a comprender que se encontraba en la esfera equivocada, es decir, la esfera en la que procuraba mejorarse a sí mismo como hombre de la vieja creación, en términos de su perfección, rectitud e integridad propias—Job 1:1; 42:5-6.
 2. En todas estas cosas, Job se glorificaba a sí mismo; pero Dios consideraba tales cosas como estorbos de los cuales Job debía ser despojado a fin de que él pudiera recibir a Dios mismo en Su naturaleza, vida, elemento y esencia, y así ser transformado metabólicamente para llegar a ser un Dios-hombre, un hombre en la nueva creación, que expresa a Dios y lo imparte a los demás—3:1; 19:9; 2 Co. 4:16; 3:6.
 3. La esperanza de Job radicaba en cultivar el “árbol” de su propia integridad, pero Dios no habría de permitir que semejante árbol creciera en el ser de Job; por el contrario, Dios arrancó este árbol en el cual radicaba la esperanza de Job; al despojar a Job, ciertamente Dios no estaba airado con él ni lo consideraba Su adversario, sino más bien Su amigo íntimo—Job 19:10-11; Ez. 14:14, 20; Jac. 5:11; Job 10:13; cfr. Ef. 3:9.
- E. Es necesario que en medio de nuestros sufrimientos demos cabida a la renovación de nuestro ser; de otro modo, nuestros padecimientos no nos traerán beneficio alguno; así pues, es preciso que seamos exhaustiva y absolutamente renovados día a día, mediante la renovación del Espíritu Santo, a fin de llegar a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén—Ap. 21:2.

MENSAJE DIEZ

EL LAVAMIENTO DE LA REGENERACIÓN Y LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Oración: Señor Jesús, queremos decirte de una manera nueva y fresca cuánto te amamos. Te damos gracias una vez más por Tu preciosa sangre, la cual nos limpia. Te tomamos como nuestra ofrenda por el pecado y como nuestra ofrenda por la trasgresión. Te alabamos porque Tu sangre nos limpia de todo pecado. Te tomamos como nuestro holocausto y consagramos a Ti nuestras vidas. Te entregamos nuestras vidas por causa de Tu actual mover, Tu recobro, en esta tierra. Te alabamos por lo que Tú nos has hablado en estos mensajes. Queremos escuchar nuevamente Tu palabra en este mensaje. Abrimos nuestro ser completamente a Ti sin reserva alguna. Nos humillamos ante Ti. Oh, Señor, concédenos un espíritu de sabiduría y de revelación para verte a Ti y el deseo de Tu corazón como nunca antes. Fortalece cada parte de nuestro ser para que nos centremos en el hombre interior a fin de que Tú puedas verdaderamente establecerte en todas las partes de nuestro corazón. Señor, te amamos, te alabamos y deseamos que Tú te infundas en nosotros.

En este mensaje llegamos al libro de Tito. El hermano Lee nos compartió que el versículo más crucial de este libro es Tito 3:5. Este poderoso versículo dice: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a Su misericordia, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo”.

Este mensaje contiene tres puntos principales. El primer punto nos resume las epístolas de 1 y 2 Timoteo y Tito, es decir, se nos da una síntesis del significado intrínseco de cada libro. El segundo punto principal nos provee una maravillosa definición y revelación de la verdad en cuanto al lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo. Luego, en el tercer punto veremos nuestra necesidad de experimentar este proceso de lavamiento y de renovación y cómo permanecer en él por el resto de nuestras vidas, a fin de que podamos ser completamente renovados por el Dios Triuno y llegar a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén. Cuando lleguemos a este punto, abordaremos algunos asuntos específicos relacionados con nuestra experiencia.

El tema de 1 Timoteo es la economía de Dios con respecto a la iglesia. El tema de 2 Timoteo es la vacuna en contra de la decadencia de la iglesia. El tema de Tito es mantener el orden en la iglesia. Pablo envió a Tito a Creta para que estableciera allí los hermanos que iban a estar en el liderazgo. Lo que Pablo escribe a Tito nos revela que la situación general de Creta era caótica. Por lo tanto, era necesario que se impusiera cierto orden. El orden que se requería era el orden orgánico que es propio del Cuerpo de Cristo, bajo la autoridad de Cristo. Este orden no es el de las organizaciones humanas, pues está relacionado con la vida. Pablo tenía la carga de revelar que si todos aquellos en Creta que habían llegado a ser miembros del Cuerpo de Cristo y que se reunían como iglesia, experimentarían continuamente el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, ellos se someterían a la autoridad de Cristo en todas las áreas de su ser y se manifestaría en ese lugar un orden hermoso y maravilloso, un orden celestial y orgánico, para la expresión del Dios Triuno. En nuestro cuerpo físico hay orden, pero ese orden es muy orgánico. Si no hubiera orden, si nuestros ojos y nuestra boca estuvieran en el lugar equivocado, eso sería terrible. La vida trae consigo un orden orgánico.

Pablo citó a uno de los profetas paganos de Creta, diciendo: “Uno de ellos, su propio profeta, dijo: Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, glotonos ociosos” (1:12). Luego Pablo dice: “Este testimonio es verdadero” (v. 13). Esta descripción se asemeja a lo que muchos de nosotros éramos antes de ser regenerados. Todos estos creyentes debían someterse a la autoridad de Cristo, la Cabeza, por medio del lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo para que pudieran llegar a ser los verdaderos constituyentes de la Nueva Jerusalén. Este proceso es grandioso, pues es nada menos que el milagro divino y místico que se opera en nuestro interior, en el cual todo nuestro ser es deificado con el Dios Triuno.

EN 1 TIMOTEO SE RECALCA LA IGLESIA,
EN 2 TIMOTEO, LAS ESCRITURAS, Y EN TITO, EL ESPÍRITU SANTO

La iglesia es la casa del Dios viviente, la cual expresa a Dios en la carne, y ella es columna y fundamento de la verdad, la realidad divina del gran misterio, esto es, Dios manifestado en la carne

En 1 Timoteo se recalca la iglesia, en 2 Timoteo las Escrituras, y en Tito el Espíritu Santo. La iglesia es la casa del Dios viviente, la cual

expresa a Dios en la carne. La iglesia también es columna y fundamento de la verdad, la realidad divina del gran misterio, esto es, Dios manifestado en la carne (1 Ti. 3:15-16). Esto es lo que se recalca en 1 Timoteo.

La Escritura es el aliento de Dios, y como tal, contiene Su esencia divina y nos la transmite para nutrirnos y equiparnos, a fin de hacernos perfecta y completamente aptos para ser usados por Dios

La Escritura es el aliento de Dios, y como tal, contiene Su esencia divina y nos la transmite para nutrirnos y equiparnos, a fin de hacernos perfecta y completamente aptos para ser usados por Dios (2 Ti. 3:15-17). Esto es lo que se recalca en 2 Timoteo. Es una revelación muy preciosa.

El Espíritu Santo es la persona divina, la cual nos lava y renueva en el elemento divino para hacer de nosotros una nueva creación, una entidad que posee la naturaleza divina, a fin de que, en la vida eterna de Dios, lleguemos a ser herederos de Dios que reciben todas las riquezas del Dios Triuno

El Espíritu Santo es la persona divina, la cual nos lava y renueva en el elemento divino para hacer de nosotros una nueva creación, una entidad que posee la naturaleza divina, a fin de que, en la vida eterna de Dios, lleguemos a ser herederos de Dios que reciben todas las riquezas del Dios Triuno (Tit. 3:4-7). Esto es lo que se recalca en Tito. Basándonos en estos tres énfasis, podemos ver que si experimentamos al Dios Triuno procesado de manera intrínseca en estos tres libros, le disfrutaremos como la realidad divina, como la esencia divina y como la persona divina.

“NOS SALVÓ, NO POR OBRAS DE JUSTICIA QUE NOSOTROS HUBIÉRAMOS HECHO, SINO CONFORME A SU MISERICORDIA, MEDIANTE EL LAVAMIENTO DE LA REGENERACIÓN Y LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO”

Tito 3:5 dice: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a Su misericordia, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo”. Cuando consideramos el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, debemos darnos cuenta de que la meta de este lavamiento interno y de esta renovación interna es hacernos verdaderamente la

nueva creación. Más aun, la nueva creación es el nuevo hombre, y la consumación del nuevo hombre será la Nueva Jerusalén. Por tanto, esto está relacionado con la única obra que Dios realiza.

Básicamente, la diferencia entre la vieja creación y la nueva es que la vieja creación no tiene a Dios como su contenido, mientras que la nueva creación es la mezcla de Dios y el hombre. La vieja creación no posee nada de la vida ni la naturaleza de Dios. En 2 Corintios 5:17 se afirma: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva creación es; las cosas viejas pasaron; he aquí son hechas nuevas”. Por tanto, puesto que estamos en Cristo, somos la nueva creación. Debido a que fuimos regenerados y ahora poseemos Su vida, somos participantes de Su naturaleza divina y estamos mezclados con Dios en nuestro espíritu. El Espíritu divino mora en nuestro espíritu humano. Estos dos espíritus están mezclados como un solo espíritu. Ésta es la nueva creación: la mezcla de Dios y el hombre. Sin embargo, es necesario que esta mezcla continúe llevándose a cabo en nuestro ser. Dicha mezcla empieza a tener lugar en nuestro espíritu, pero no debe detenerse allí. Nuestra mente, parte emotiva y voluntad, incluso nuestro cuerpo mortal, necesitan ser invadidos por el Dios Triuno hasta que nos mezclamos plenamente con el Dios Triuno en todo nuestro ser tripartito y lleguemos a ser la nueva creación de Dios, la Nueva Jerusalén, con miras a Su expresión eterna. De este modo, llegaremos a ser una nueva invención en este universo, la obra maestra de Dios. La obra maestra de Dios es la iglesia, la cual es la consumación de la mezcla del Dios Triuno con el hombre tripartito.

El único que es nuevo en este universo es Dios mismo. Solo Dios es nuevo. *Himnos*, #10, un himno escrito por el hermano Lee para adoración al Padre, dice así: “Tú eres Dios y Tú eres ‘nuevo’”. El significado aquí es que la palabra *nuevo*, usado como sustantivo, se refiere a Dios. Por lo tanto, si nos mezclamos con Dios, nosotros también somos nuevos. De lo contrario, seremos viejos, no importa cuán jóvenes seamos. Es posible ser una persona joven y estar interiormente lleno de arrugas, sin ninguna novedad. No obstante, muchos de los colaboradores pueden testificar por el tiempo que pasaron con el hermano Lee, que él era la persona más nueva entre nosotros. Aunque nos sobrepasaba a todos en edad, en su interior, él era el más joven, nuevo y fresco entre todos nosotros debido a que él estaba continuamente en el proceso en el cual Dios, la única persona que es nueva en este universo, estaba siendo añadido a su ser.

La palabra griega traducida *regeneración* en Tito 3:5, se refiere a un cambio de condición; nacer de nuevo es el comienzo de este cambio

La palabra griega traducida *regeneración* en Tito 3:5, se refiere a un cambio de condición; nacer de nuevo es el comienzo de este cambio (cfr. Mt. 19:28). Esta palabra griega es diferente de la palabra traducida regenerados en 1 Pedro 1:23, lo cual se refiere a nuestro nuevo nacimiento. De hecho, la misma palabra griega traducida *regeneración* en Tito 3:5 se traduce *restauración* en Mateo 19:28, aunque allí se refiere a la restauración que tendrá lugar en el milenio, cuando todo será restaurado.

Cuando fuimos regenerados, experimentamos un cambio de un estado a otro. Sin embargo, todavía seguimos siendo trasladados de un estado viejo a uno nuevo. El hermano Lee a menudo nos contaba que de joven, antes de conocer al Señor, a él le gustaba mucho jugar fútbol. Una vez me dijo que de haberle sido posible, habría jugado noche y día. Incluso los domingos, él se levantaba temprano en la mañana y jugaba fútbol hasta que se anochecía. Sin embargo, a los diecinueve años de edad, una hermana joven vino a predicar el evangelio a su pueblo natal. Ella tenía tan sólo unos veinticinco años de edad, y él sintió mucha curiosidad por escuchar lo que esta hermana tan joven tenía que decir, pues mucha gente iba a escuchar su predicación. Así que fue a escucharla, y ella compartió acerca de cómo ser salvos de la condenación, de la tiranía de Satanás y de la usurpación del mundo, basándose en lo que pasó a los hijos de Israel durante la Pascua y cuando cruzaron el mar Rojo. Después de escuchar aquel mensaje, el hermano Lee fue regenerado de una manera dinámica. Cuando iba rumbo a su casa ese mismo día, alzó la vista a los cielos y consagró toda su vida al Señor. Él fue salvo de una manera dinámica, aunque le seguía gustando el fútbol. Sin embargo, un día mientras jugaba en la cancha, trató de patear la pelota pero sintió que no podía hacerlo más. Así que simplemente se alejó de la cancha, y desde entonces, no volvió a jugar más. No hizo esto porque se lo hubiera propuesto, sino porque experimentó el lavamiento de la regeneración. Todo su ser cambió y fue transformado. Éste fue el inicio del lavamiento que experimentó el hermano Lee.

El lavamiento de la regeneración comienza con nuestro nuevo nacimiento y continúa con la renovación del Espíritu Santo, que es el proceso mediante el cual Dios produce Su nueva creación, un proceso que hace de nosotros un nuevo hombre; este lavamiento se puede considerar como un proceso, efectuado con la vida divina, en el cual algo es restaurado, recreado o reconstruido

El lavamiento de la regeneración comienza con nuestro nuevo nacimiento y continúa con la renovación del Espíritu Santo, que es el proceso mediante el cual Dios produce Su nueva creación, un proceso que hace de nosotros un nuevo hombre; este lavamiento se puede considerar como un proceso, efectuado con la vida divina, en el cual algo es restaurado, recreado o reconstruido. Este lavamiento no termina con la regeneración, sino que, más bien, continúa llevándose a cabo. Cuando recibí al Señor, muchos de mis amigos no podían creerlo. No lograban entender qué me había pasado. Incluso uno de los amigos de mi niñez viajó desde un extremo del país para ver por sí mismo el cambio que había ocurrido en mí. Pero me siento muy agradecido porque el lavamiento de la regeneración continúa efectuándose. Debemos seguir experimentando este lavamiento, pues este proceso continúa con la renovación del Espíritu Santo, la cual es el proceso que Dios emplea para obtener la nueva creación, un proceso que nos hace el nuevo hombre. Dios es el Dios Triunfo procesado, y nosotros tenemos que llegar a ser la iglesia conformada por aquellos hombres tripartitos que han pasado por un proceso y así han sido transformados y glorificados.

Si alguien nos preguntara por qué vamos a una reunión, deberíamos contestarle que vamos a ser restaurados. Debemos experimentar una restauración interna. Necesitamos ser recreados. En nuestro interior se está llevando a cabo una obra de reconstrucción. Aquellos que se gradúan del entrenamiento de tiempo completo han tenido un buen comienzo en lo que a esta obra de reconstrucción se refiere. La obra de reconstrucción implica el hecho de derribar algo. Para remodelar algo, muchas cosas tienen que ser derribadas y ser construidas otra vez con materiales nuevos. El Señor usa nuestro entorno con todas sus complicaciones para derribar cada aspecto de nuestro ser natural y reconstruirnos, reedificarnos, con la Trinidad Divina, a fin de que nosotros lleguemos a ser Su plena expresión.

El bautismo, el despojarse del viejo hombre, el vestirse del nuevo hombre, y el ser transformados por la renovación de la mente, están todos relacionados con este maravilloso proceso

El bautismo (Ro. 6:3-5), el despojarse del viejo hombre, el vestirse del nuevo hombre (Ef. 4:22, 24; Col. 3:9-11), y el ser transformados por la renovación de la mente (Ro. 12:2; Ef. 4:23), están todos relacionados con este maravilloso proceso.

**El lavamiento de la regeneración
purga de nuestro ser todo aquello que procede de la vieja
naturaleza de nuestro viejo hombre,
y la renovación del Espíritu Santo imparte en nuestro ser
algo nuevo, a saber, la esencia divina del nuevo hombre**

El lavamiento de la regeneración purga de nuestro ser todo aquello que procede de la vieja naturaleza de nuestro viejo hombre, y la renovación del Espíritu Santo imparte en nuestro ser algo nuevo, a saber, la esencia divina del nuevo hombre. En este proceso, pasamos de nuestra vieja condición a una condición completamente nueva, de la vieja creación a la condición que corresponde a la nueva creación. Por ende, tanto el lavamiento de la regeneración como la renovación del Espíritu Santo seguirán operando en nuestro ser continuamente y a lo largo de nuestra vida hasta que la nueva creación sea completada.

**La regeneración es una especie de lavamiento
que se realiza en la obra salvadora de Dios;
este lavamiento es, en efecto,
una gran renovación de los creyentes,
efectuada por la salvación divina,
que los capacita para deshacerse de todo lo procedente
de su vida natural y de la vieja creación,
y así llegar a ser la nueva creación de Dios**

La regeneración es una especie de lavamiento que se realiza en la obra salvadora de Dios; este lavamiento es, en efecto, una gran renovación de los creyentes, efectuada por la salvación divina, que los capacita para deshacerse de todo lo procedente de su vida natural y de la vieja creación, y así llegar a ser la nueva creación de Dios (Tit. 3:5; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15). En realidad, el lavamiento y la renovación son procesos sinónimos. El lavamiento empieza con la regeneración en nuestro

espíritu, y luego, a medida que este lavamiento se lleva a cabo en nuestra alma, se produce una gran renovación en todas las partes de nuestro ser.

**NOSOTROS ESTAMOS EN EL PROCESO DE SER RENOVADOS
DE DÍA EN DÍA CON EL ELEMENTO DIVINO
POR MEDIO DE LA RENOVACIÓN QUE EFECTÚA
EL ESPÍRITU SANTO EN NUESTRO SER
MEDIANTE LOS SUFRIMIENTOS QUE EXPERIMENTAMOS,
Y LA FINALIDAD DE TAL RENOVACIÓN ES QUE
LLEGUEMOS A SER LA NUEVA JERUSALÉN**

Nosotros estamos en el proceso de ser renovados de día en día con el elemento divino por medio de la renovación que efectúa el Espíritu Santo en nuestro ser mediante los sufrimientos que experimentamos, y la finalidad de tal renovación es que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén (2 Co. 4:16-18; Ap. 21:2). La vida cristiana es una vida en la que somos renovados de día en día. Es preciso que entendamos que no vamos camino hacia la Nueva Jerusalén, sino que, más bien, estamos llegando a ser la Nueva Jerusalén. Estamos llegando a ser la Nueva Jerusalén a medida que somos renovados por el Espíritu Santo, y estamos edificando la Nueva Jerusalén al impartirnos los unos a los otros este Dios nuevo. Por lo tanto, debemos permanecer en este proceso. Algunos consideran que la vida cristiana es una vida de sufrimientos. En realidad, no es una vida de sufrimientos, sino una vida en la que somos renovados de día en día. Sin embargo, somos renovados por medio de los sufrimientos. Éste es el proceso de deificación que hace que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén. Debemos tener presente que la Nueva Jerusalén es nuestra meta. Nuestra meta en este mensaje es que lleguemos a ser un poco más la Nueva Jerusalén.

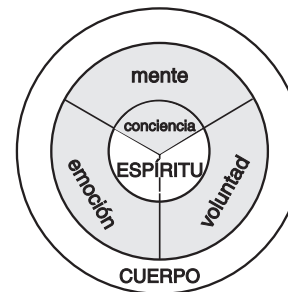
**Ocho principios que nos ayudan a permanecer
en el proceso de la renovación**

Los ocho principios que presentaremos a continuación, los cuales son muy preciosos y muy prácticos, nos ayudarán a permanecer en el proceso de la renovación durante el curso de nuestra vida cristiana. Si nos mantenemos en este proceso, estaremos preparados para ser Su novia nueva que logrará traerlo de regreso y llegar a ser la Nueva Jerusalén. Estos principios son la consolidación de algunos asuntos experienciales que se hallan en el bosquejo de este mensaje.

***La necesidad de ejercitar nuestro espíritu y ocuparnos de que
nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada
al purificar nuestro corazón***

Si hemos de mezclarnos con el Señor y ser empapados y saturados de Él a fin de ser plenamente renovados en todo nuestro ser tripartito, es necesario que ejercitemos nuestro espíritu y que nos ocupemos de que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada al purificar nuestro corazón. Quizá algunos se pregunten por qué es necesario purgar nuestro corazón para ejercitar nuestro espíritu. Ezequiel 36:26 dice que cuando el Señor entró en nosotros, Dios nos dio un espíritu nuevo y un corazón nuevo. Nuestro espíritu vino a ser un espíritu nuevo porque Dios entró en nosotros. Además, puesto que nuestro espíritu nuevo está dentro de nuestro corazón, nuestro corazón también ha venido a ser nuevo. De manera que tenemos un espíritu nuevo para tener contacto con Dios, para recibirle y para hacer que Él sea real para nosotros en nuestra experiencia, y tenemos un corazón nuevo para amarle. El hecho de que empezamos a amar al Señor desde que le recibimos es una prueba de que tenemos un corazón nuevo. Sin embargo, en nuestra vida cristiana y en nuestra vida de iglesia, la vejez va introduciéndose poco a poco. Por tanto, necesitamos procurar que nuestro espíritu y nuestro corazón se mantengan en novedad.

Al hablar acerca de ejercitar nuestro espíritu y de ocuparnos de que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada al purificar nuestro corazón, es importante que tengamos una visión muy nítida con respecto a las partes internas que componen nuestro ser. El siguiente diagrama es una representación de nuestro ser. Nuestro espíritu es la parte más recóndita de nuestro ser, y tiene tres facultades que son: comunión, intuición y conciencia. La parte que rodea nuestro espíritu es nuestro corazón (el área sombreada en el diagrama).



Nuestro corazón está compuesto de las tres partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad— y una parte de nuestro espíritu, la conciencia. Nuestra conciencia es una parte de nuestro espíritu y también una parte de nuestro corazón. En 1 Pedro 3:4 leemos que nuestro espíritu es el hombre escondido en nuestro corazón. Esto significa que nuestro espíritu está dentro de nuestro corazón. En Salmos 51:6 David dice: “He aquí, te deleitas en la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría”. Lo secreto que se menciona aquí es nuestro espíritu, y lo íntimo se refiere a las partes de nuestra alma. Así, pues, nuestro corazón se compone de nuestra alma más la conciencia, y nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón. (Véase el libro *The Parts of Man* [Las partes del hombre] por Witness Lee, donde se nos describe con más detalle las partes del hombre).

Como lo indican los versículos que mencionamos anteriormente, aunque nuestro espíritu y nuestro corazón son distintos, no podemos separarlos. Por esta razón, si queremos ejercitar nuestro espíritu pero no prestamos la debida atención a lo que hay en las partes que rodean nuestro espíritu, no podremos experimentar la renovación del Espíritu Santo. Cada día debemos purificar nuestro espíritu y nuestro corazón para poder llegar a ser la Nueva Jerusalén.

En Lucas 9 los discípulos entraron con el Señor en una aldea de los samaritanos, pero los samaritanos no los quisieron recibir. Entonces Jacobo y Juan le dijeron: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?” (v. 54). Así que, volviéndose a ellos, el Señor los reprendió, diciendo: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois” (v. 55). Y añadió: “El Hijo del Hombre no ha venido para destruir las vidas de los hombres, sino para salvarlas” (v. 56). Nuestro espíritu ha sido regenerado y ahora somos un solo espíritu con el Señor (1 Co. 6:17); no obstante, si no resolvemos los problemas que hay en las partes que rodean nuestro espíritu, lo que fluya de nuestro espíritu saldrá contaminado. Nuestro espíritu, para poder liberarse, tiene que pasar por nuestro corazón, de manera muy semejante a una corriente subterránea que pasa por depósitos de azufre; cuando ésta sale a la superficie, tiene un olor desagradable e incluso es venenosa. Por lo tanto, de un modo práctico, ocuparnos de que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada requiere que nos ocupemos de las partes que lo rodean.

Debemos hacer que nuestro espíritu se mantenga avivado

A fin de ejercitar nuestro espíritu y de ocuparnos de que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada al purificar nuestro corazón, debemos hacer dos cosas: hacer que nuestro espíritu se mantenga avivado y que nuestro corazón siempre ame al Señor. En primer lugar, debemos asegurarnos de que nuestro espíritu se mantenga avivado. Y hacemos esto al ejercitarlo. Como vimos en el mensaje cinco, la palabra “ejercicio” implica esfuerzo. Cuando nos despertamos en la mañana, raras veces sentimos deseos de ejercitar nuestro espíritu. Además, durante el día, tampoco sentimos deseos de decir: “Alabado sea el Señor”. No obstante, no importa cómo nos sintamos, debemos obligarnos a nosotros mismos a ejercitar nuestro espíritu. Cuando nos levantemos en la mañana, debemos decir: “¡Oh, Señor!”, en vez de: “¡Oh, no!”. En el mensaje siete, vimos que un vacunador debe ser un atleta, incluso un participante en los juegos olímpicos. Así como un atleta llega a ser alguien que participa en los juegos olímpicos al ejercitar su cuerpo físico, de la misma manera nosotros llegamos a ser estos atletas divinos y místicos al ejercitar nuestro espíritu. Todo atleta tiene que entrenarse sin importar cómo se sienta. Asimismo, no importa cómo nos sintamos, debemos obligarnos a nosotros mismos a ejercitar nuestro espíritu. A veces, cuando hemos estado sirviendo mucho, nos sentimos exhaustos. Tal vez incluso nos quedemos dormidos durante la reunión. Cada reunión es una batalla; de manera que, no importa si nos sentimos cansados y no queremos ejercitar nuestro espíritu, de todos modos, tenemos que hacerlo. Sin importar cómo nos sintamos, debemos hacer que nuestro espíritu se mantenga avivado. Aun si estamos cansados, debemos ejercitar nuestro espíritu alabando al Señor, regocijándonos en todo momento, orando sin cesar, dando gracias en todo, y sin apagar jamás el Espíritu (1 Ts. 5:16-19). Así, aun cuando nuestras circunstancias sean muy complicadas e intrincadas, podremos decir: “¡Gracias, Señor Jesús!”.

Debemos asegurarnos de que nuestro corazón sea un corazón que siempre ame al Señor

A fin de poder ejercitar nuestro espíritu y de ocuparnos de que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada al purificar nuestro corazón, debemos también asegurarnos de que nuestro corazón sea un corazón que siempre ame al Señor. En los postreros

días de la penosa decadencia de la iglesia, los hombres que conforman el cristianismo degradado serán amadores de sí mismos, amadores del dinero y amadores de los deleites (2 Ti. 3:2, 4). En lugar de ser tal clase de hombres, debemos amar a Dios. Pero para amar a Dios es preciso hacer que nuestro espíritu se mantenga avivado. Amen al Señor, simplemente ámenlo. Repetidamente durante el día deberíamos expresarle al Señor que lo amamos. Es así como logramos que nuestro espíritu se mantenga avivado y que nuestro corazón le ame.

Para que nuestro espíritu se mantenga en una condición apropiada, debemos siempre procurar ser pobres en espíritu (Mt. 5:3). Debemos decirle al Señor: “Señor, vacíame de todo lo que ocupa mi ser. No quiero estar en una condición de vejez, muerte y anquilosamiento. Hoy quiero recibir una revelación nueva de Ti. Deseo recibir más de Tu impartición y disfrutar de Tu rica presencia, que es siempre nueva”. Ser pobres en espíritu es algo que requiere nuestro ejercicio.

Salmos 51:10 dice: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu firme dentro de mí”. Un corazón limpio es un corazón puro. Cuando confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia del Señor, Él afirma nuestro espíritu para Su propósito. En el versículo 12 David ora: “Y espíritu de buena voluntad me sustente”. Un espíritu de buena voluntad está relacionado con la voluntad. Cuando disfrutamos al Señor, tenemos un espíritu dispuesto. Por ejemplo, si estamos disfrutando al Señor y un hermano necesita ayuda en alguna área particular de servicio, inmediatamente nos ofreceremos a ayudar. Por haber estado disfrutando al Señor, tendremos un espíritu que está dispuesto a cooperar con los intereses de Dios. El versículo 17 nos habla de un espíritu quebrantado: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado”. Llegamos a tener un espíritu quebrantado cuando perdemos la confianza en nosotros mismos. Por lo general, perdemos la confianza en nosotros mismos cuando pasamos por sufrimientos y tribulaciones, y cuando experimentamos fracasos. Al pasar por estos sufrimientos somos despojados de toda confianza que tengamos en nosotros mismos y, como resultado, dejamos de confiar en nosotros mismos. El versículo 17 nos habla de un corazón contrito: “Al corazón quebrantado y contrito no despreciarás Tú, oh Dios”. Tenemos un corazón contrito cuando nos lamentamos profundamente por nuestra pecaminosidad y por nuestras iniquidades y fracasos. Si tenemos un corazón contrito, nos daremos cuenta de que si no fuera por la misericordia del Señor, no estaríamos vivos, y mucho menos en el recobro del Señor. En Isaías

57:15 el Señor dice: “Yo habito en lo alto y santo, y con el contrito y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos”. La expresión “humilde de espíritu” en realidad se refiere a las partes que rodean nuestro espíritu. Debemos humillarnos delante del Señor y servir a los hermanos y hermanas. No somos mejores que los demás. Romanos 8:6 dice que debemos poner la mente en el espíritu. La mente puesta en el espíritu es vida y paz. La vida y la paz son dos características de la Nueva Jerusalén. De hecho, la Nueva Jerusalén es la ciudad de vida y paz. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, ésta llega a ser parte de la Nueva Jerusalén. Y la mejor forma de poner la mente en el espíritu es fijar nuestra mente en la Palabra. Estos versículos nos ayudan a entender cuál debe ser la condición de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

Las partes del corazón son las “arterias psicológicas” del mismo. Creo que ninguno de nosotros quisiera experimentar el endurecimiento de las arterias de nuestro corazón psicológico. Si nuestras arterias se endurecen, le será imposible al Señor pasar a través de nosotros. Si deseamos ser renovados de día en día, es menester que prestemos atención a dos cosas básicas. Primero, debemos hacer que nuestro corazón se vuelva al Señor (2 Co. 3:16). Debemos tornar todo nuestro ser al Señor cada día y mantenernos en tal condición, buscando la pureza (Mt. 5:8). Debemos decirle al Señor a cada instante: “Señor, quiero que seas mi única meta”. Segundo, debemos asegurarnos de que nuestro corazón sea siempre suave hacia el Señor, a fin de que Él pueda crecer allí (Lc. 8:15). Es preciso que tengamos un corazón puro, es decir, que tengamos al Señor como nuestra única meta; es preciso que tengamos un corazón lleno de Su amor, para que podamos amarle, y es necesario que tengamos un corazón que goza de perfecta paz, para lo cual debemos prestar atención a nuestra conciencia.

*Debemos tener contacto cada mañana con el Señor,
quien es lleno de compasión,
a fin de disfrutar de Sus nuevas misericordias*

Si hemos de ser renovados, el segundo principio que observar es que debemos tener contacto cada mañana con el Señor, quien es lleno de compasión, a fin de disfrutar de Sus misericordias, las cuales son siempre nuevas. Este principio se basa en Lamentaciones 3:21-24, que dice: “Esto recapacito en mi corazón, / Por lo tanto espero. / Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, / Porque nunca se

han agotado Sus compasiones. / Nuevas son cada mañana; / Grande es Tu fidelidad. / Mi porción es Jehová, dice mi alma; / Por tanto, en El espero”. Si no fuera por la misericordia del Señor, ya habríamos sido consumidos. Aun más, las compasiones del Señor nunca se agotan. El hecho de que todavía estemos vivos y permanezcamos en el recobro es una prueba de que las compasiones del Señor jamás se agotan. Las compasiones del Señor son nuevas cada mañana. Jeremías pudo testificar esto porque cada mañana tenía contacto con Dios, con Aquel que es lleno de compasión. Si deseamos disfrutar de Su misericordia, la cual es siempre nueva y fresca, debemos disfrutar cada mañana al Señor, quien es lleno de compasión. Que jamás dejemos de apreciar esto.

Isaías 50:4 dice: “Jehová el Señor me dio / Lengua de sabios, / Para saber hablar palabras al cansado; / Despertará mañana tras mañana, / Despertará mi oído / Para que oiga como los sabios”. Estos versículos expresan la actitud del Señor Jesús para con el Padre durante la época en que llevó la vida humana en la tierra. Por lo tanto, los versículos del 4 al 9 nos dan a entender que el Señor Jesús pasó tiempo con el Padre cada día. Hoy día el Señor vive en nosotros. Si Él tuvo “un avivamiento matutino” cada mañana, ¿no deberíamos nosotros hacer lo mismo? Incluso podemos orar usando estos mismos versículos y decir: “Señor, despiértame mañana tras mañana. Despiértame mañana por la mañana para que pueda pasar tiempo contigo y mis oídos puedan estar atentos para recibir nuevos mensajes de Ti. Entonces podré tener lengua de sabios para saber hablar palabras al cansado”.

Nos volvemos a Dios al volvernos a Su palabra

Tercero, para poder ser renovados debemos volvernos a Dios, lo cual hacemos al volvernos a Su palabra (Neh. 8:1-8 y el punto II.A.1. del bosquejo de *Recovery Version* [Versión Recobro de la Biblia]). En la época de Esdras, toda la nación de Israel fue renovada y reconstituida cuando se volvió a Dios al volverse a Su palabra. Si leemos Nehe-mías 8:8, nos daremos cuenta de que Israel no sólo se volvió a la Palabra escrita, sino también a la palabra interpretada. La palabra interpretada fue su “sana enseñanza”. Fue debido a que la nación de Israel recibió esta sana enseñanza, que toda la nación fue renovada.

Debemos ver cuán tremendo fue que todo Israel se reuniera para escuchar la palabra de Dios. Todo el pueblo se reunió como un solo hombre. Esdras trajo el libro de la ley a la vista de toda la congregación, se puso en pie sobre un estrado de madera, flanqueado por seis

hombres a su derecha y seis a su izquierda, y leyó el libro de la ley desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres, y todos los que podían entender. Cada vez que abría el libro a la vista de todo el pueblo, todos ellos se ponían en pie y sus oídos estaban atentos a la lectura. Según los versículos 8 y 13, Esdras y sus ayudantes no sólo leyeron la Biblia al pueblo, sino que además la interpretaron, poniéndole el verdadero sentido. La *Versión Recobro* no solamente contiene la palabra sino también la interpretación y el sentido de ésta. Al igual que el remanente de Israel, nosotros también tenemos que volvernos a Dios, volviéndonos a Su palabra escrita e interpretada; es decir, debemos retornar a la sana enseñanza de la economía de Dios.

La manera de volvernos a Dios es volvernos a Su palabra. Esto significa que tenemos que leer la Biblia diariamente. Si lo hacemos, seremos renovados. Durante la rebelión que sucedió a fines de los años 70, el hermano Lee exhortó a todos los santos del recobro del Señor a leer cada día tres capítulos del Antiguo Testamento y uno del Nuevo Testamento. Todos aquellos que leyeron la Biblia de esta manera fueron avivados. Si cada día leemos tres capítulos del Antiguo Testamento y uno del Nuevo Testamento, lograremos leer toda la Biblia en un año. Si usted aun no ha leído toda la Biblia, de Génesis a Apocalipsis, debería hacerlo. Debemos acudir al Señor y decirle: “Señor, ten misericordia de mí. Vigorízame. Te pido que seas mi vida, mi persona, mi misericordia y mi gracia para que pueda leer toda la Biblia este año”. Si redimimos el tiempo que tan a menudo desperdiciamos, podremos leer toda la Biblia en un año.

Cada día, al leer la Biblia, debemos leer en un ambiente de oración. Por ejemplo, si un versículo nos llama la atención, debemos orar al Señor usando ese versículo. Cuando acumulamos la Palabra escrita en nuestro ser, el Señor entonces puede usar esa palabra para hablarnos en un momento dado. No podemos tener la palabra *réma* si primero no tenemos la palabra *lógos*. Por tanto, debemos almacenar la palabra *lógos* en nuestro ser.

No sólo debemos leer la Biblia cada día, sino también los libros del ministerio, aun cuando sea un párrafo. Es posible que los jóvenes piensen que no tienen tiempo para leer. Cuando yo era joven, el hermano Lee compartía mensajes y otro hermano los editaba. Ese otro hermano era para el hermano Lee, lo que Tercio era para Pablo (Ro. 16:22). Para poder escribir el libro de Romanos, Pablo necesitó la ayuda de Tercio. Como resultado de la labor de este hermano, cada

semana nosotros recibíamos un paquete que contenía nuevos mensajes del Estudio-vida. En medio de nuestras ocupaciones como estudiantes universitarios, aprendimos a redimir el tiempo leyendo los mensajes del Estudio-vida mientras caminábamos hacia las clases. Debemos leer la Biblia y el ministerio cada día.

En Nehemías 8:18 dice: “Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último; e hicieron la fiesta solemne por siete días, y el octavo día fue de solemne asamblea, según lo prescrito”. Cada día, por un espacio aproximado de cinco horas, el remanente de Israel estuvo atento a la Palabra. Con todo, no hubo ni una queja por parte de ellos de que las reuniones fueran demasiado largas (cfr. v. 3). Como resultado de la lectura, ellos le hicieron una confesión completa a Dios de todo su pasado e hicieron un firme pacto con Él (los capítulos 9-10 y el punto II.A.2. del bosquejo en *Recovery Versión* [Versión Recobro de la Biblia]). Así, pues, como resultado de haberse sumergido en la palabra y en la “sana enseñanza”, todos los que conformaban la nación de Israel, quienes anteriormente habían tenido una cultura babilónica y egipcia, fueron reconstituídos con Dios y llegaron a ser Dios-hombres que tenían la cultura del Dios-hombre.

*Todos los sufrimientos tienen un propósito,
el cual es renovarnos*

En cuarto lugar, debemos tener claro que todos nuestros sufrimientos tienen un solo propósito. El propósito de nuestros sufrimientos es que seamos renovados. Es por ello que experimentamos tantos sufrimientos. En 2 Corintios 4:16 leemos que “nuestro hombre exterior se va desgastando”. El hombre exterior es nuestra alma como nuestra persona, la cual toma al cuerpo como su órgano. El hombre exterior está siendo desgastado y consumido. Luego Pablo dice que el hombre interior “se renueva de día en día”. El hombre interior es nuestro espíritu regenerado y mezclado como nuestra persona, el cual toma al alma renovada como su órgano y al cuerpo como un siervo de ésta. El propósito de nuestros sufrimientos es que el hombre interior sea renovado de día en día.

La vida de Job nos da un ejemplo de este principio. Los sufrimientos de Job incluían la pérdida de sus hijos y una terrible enfermedad. Sus amigos intentaron interpretar el significado de sus sufrimientos. Las palabras de ellos, las cuales abarcan treinta y seis capítulos en el libro de Job, son nada menos que las opiniones de la humanidad caída.

Los amigos de Job decían que sus sufrimientos eran el resultado del juicio de Dios sobre él. Ellos pensaban que este juicio se debía a algo malo que Job había hecho. Job les aseguraba a sus amigos que él no había hecho nada malo. Tanto Job como sus amigos estaban equivocados. La nota 1 en Job 4:8 dice que “si bien las palabras de Job, de sus tres amigos y de Eliú contradecían el propósito de Dios, quedaron escritas bajo la inspiración del Espíritu de Dios, con el propósito de mostrar cuán equivocados estaban estos cinco hombres piadosos con respecto al conocimiento que tenían de Dios”. Job y sus amigos no vieron que los sufrimientos cumplen el propósito de renovarnos. Job pensaba que él era un hombre íntegro, pero en realidad su condición era lamentable. Job no “desconocía por completo cuán lamentable era su condición ante Dios, pues no estaba saturado de Dios, no se había mezclado con Dios, no había sido lleno de Dios ni era uno con Dios (Job 31:40, nota 1). Si sólo somos personas buenas que han cultivado su propia integridad pero que no están saturadas de Dios, ni se han mezclado con Dios, ni están llenas de Dios ni han sido hechos uno con Dios al ministrarlo a los demás, estaremos en la misma lamentable condición de Job. Dios no desea que permanezcamos en tal condición; Él no desea que seamos hombres buenos, sino Dios-hombres.

En aquellos momentos en los que pasamos por sufrimientos, debemos comprender que estamos carentes de Dios y que separados de Él no somos nada, no tenemos nada ni podemos hacer nada (Jn. 15:5). Tal vez algunos santos tengan un concepto alto de sí mismos. Por ejemplo, es posible que una hermana soltera piense que es una persona muy espiritual. No obstante, cuando se case y tenga varios hijos, se dará cuenta de que después de todo no es tan espiritual. Todos nuestros fracasos nos muestran que necesitamos ganar más de Dios.

*Debemos permitir que la paz de Cristo
sea el árbitro de nuestro corazones
al perdonarnos los unos a los otros
para vestirnos del nuevo hombre*

Quinto, debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones al perdonarnos los unos a los otros para vestirnos del nuevo hombre. En Colosenses 3:13-15 dice: “Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tiene queja contra otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la

perfección. Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos”. Debemos perdonarnos los unos a los otros. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones y nos perdonamos los unos a los otros para vestirnos del nuevo hombre, seremos renovados. Igualmente, cuando abrigamos ofensas, nos envejecemos. Nunca debemos abrigar ofensas. Conforme a Mateo 6:15, si no perdonamos a nuestros hermanos, podríamos incluso perder nuestra entrada al reino: “Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestra ofensas”. Debemos tomar a Cristo como la persona perdonadora en nuestro espíritu, a fin de que Él sea la vida por la cual perdonamos.

*Debemos evitar que nuestro espíritu se contamine
y debemos buscar que el Señor limpie toda contaminación*

Sexto, debemos evitar que nuestro espíritu se contamine y pedirle al Señor que nos limpie de toda contaminación. Este principio se basa en 2 Corintios 7:1, que dice: “Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. Un ejemplo de cosas que contaminan nuestro espíritu son cierta clase de fotos e imágenes. Hoy en día, hay muchas imágenes contaminantes en todas partes, incluso las que uno ve en la carretera. Cuando el hermano Lee iba a las reuniones de la iglesia en Shangai en tranvía, durante el recorrido, iba mirando por la ventana. Luego, cuando llegaba a la reunión, percibía que su espíritu estaba en muerte. Él descubrió que la razón de esto era la cantidad de imágenes contaminantes que había visto camino a la reunión. A partir de ese momento, cada vez que tomaba el tranvía mantenía sus ojos mirando hacia el piso y oraba durante todo el recorrido. Como resultado, estaba avivado cuando llegaba a la reunión. Por supuesto, si nos hemos contaminado, podemos confesarle esto al Señor, arrepentirnos y recibir Su limpieza (1 Jn. 1:9). Sin embargo, debemos tener cuidado de no contaminar nuestro espíritu y mantenernos lejos de todo lo que pueda contaminarlo.

*Debemos disfrutar a Cristo diariamente como el vino nuevo,
para que Él, como el productor de vino,
llegue a ser nuestro elemento constitutivo*

Séptimo, debemos disfrutar a Cristo diariamente como el vino

nuevo, para que Él, como el productor de vino, llegue a ser nuestro elemento constitutivo (Jue. 9:13). Para producir vino se requiere pasar las uvas por la prensa. Cristo se sacrificó a Sí mismo por nosotros y fue “prensado” para ser nuestro disfrute. Cuando somos uno con Él, en realidad somos uno con el Cristo que se sacrifica a Sí mismo. Como resultado, nos sacrificaremos por los santos para que ellos disfruten a Cristo. Las personas más felices son aquellas que se sacrifican a sí mismas en unión con el Cristo que se sacrifica a Sí mismo.

*Debemos llevar una vida normal de iglesia
para la manifestación corporativa de Dios en la carne*

Octavo, debemos llevar una vida normal de iglesia para la manifestación corporativa de Dios en la carne. Podemos ver esto en 2 Timoteo 2:22, que dice: “Huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor”. Debemos huir de las pasiones juveniles y escapar a nuestro espíritu y a las reuniones para seguir a Cristo —quien es la justicia, la fe, el amor y la paz— con los que de corazón puro invocan al Señor.

**Dios es la novedad misma, y la novedad es Dios;
la vieja creación no contiene nada de Dios,
pero la nueva creación tiene a Dios mismo
como su único elemento constitutivo**

*Para ser renovados de día en día
mediante la renovación del Espíritu Santo,
quien se ha mezclado con nuestro espíritu,
tenemos que andar según el espíritu en novedad de vida
y servir en la novedad del espíritu*

Dios es la novedad misma, y la novedad es Dios; la vieja creación no contiene nada de Dios, pero la nueva creación tiene a Dios mismo como su único elemento constitutivo (2 Co. 5:17; Ez. 36:26; Mt. 9:17; Ef. 2:15; 2 Co. 3:6; Ap. 21:2). Para poder ser renovados de día en día mediante la renovación del Espíritu Santo, quien se ha mezclado con nuestro espíritu, tenemos que andar según el espíritu en novedad de vida y servir en la novedad del espíritu (Ro. 6:4; 7:6). Todo lo relacionado con nuestro espíritu regenerado es nuevo, y todo cuanto procede de nuestro espíritu es nuevo; así pues, nuestro espíritu regenerado es una fuente de novedad debido a que en él están el Señor, la vida de

Dios y el Espíritu Santo (2 Ti. 4:22; Ro. 8:10, 16). Todo cuanto seamos, hagamos y tengamos debe estar en el espíritu; todo cuanto Dios es para nosotros está en nuestro espíritu (1:9; 2:28-29). Debemos incorporar esta expresión a nuestra vida de oración. Diariamente y por el resto de nuestra vida debiéramos orar, diciendo: “Señor, oro para que todo lo que soy, todo lo que haga y todo lo que tenga esté en el espíritu”.

*Mediante la regeneración, nuestro espíritu —no nuestra alma—
ha llegado a formar parte de la nueva creación de Dios;
tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente
(la parte principal de nuestra alma)
permitiendo que nuestro espíritu mezclado
se extienda a nuestra mente para hacer que
nuestra alma llegue a formar parte de la nueva creación*

Mediante la regeneración, nuestro espíritu —no nuestra alma— ha llegado a formar parte de la nueva creación de Dios; tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente (la parte principal de nuestra alma) permitiendo que nuestro espíritu mezclado se extienda a nuestra mente para hacer que nuestra alma llegue a formar parte de la nueva creación (Ef. 4:23). Nuestro espíritu mezclado se extiende a nuestra mente y llega a ser el espíritu de nuestra mente. En especial cuando nos sumergimos en la palabra de Dios, nuestro espíritu se extiende a nuestra mente, y luego los pensamientos y consideraciones de Dios renuevan nuestra mente.

**Es necesario que seamos renovados
al permitir que la esencia de Dios,
que es siempre nueva, sea impartida en nuestro ser
con el fin de que reemplace nuestro viejo elemento**

*El Espíritu de Dios renueva a los creyentes
al infundir en las partes internas de su ser los atributos de Dios,
los cuales son por siempre nuevos, jamás envejecen
y son imperecederos e inmarcesibles*

El Espíritu de Dios renueva a los creyentes al infundir en las partes internas de su ser los atributos de Dios, los cuales son por siempre nuevos, jamás envejecen y son imperecederos e inmarcesibles (Tit. 3:5b; Ro. 12:2a; Ef. 5:26-27). Todos los atributos del Dios Triuno ya están en nuestro espíritu. Por lo tanto, a medida que permitimos que Él

se extienda en las partes de nuestra alma, todos Sus atributos llegan a ser nuestras virtudes humanas.

*El Espíritu de Dios renueva a los creyentes al hacer que éstos
experimenten la muerte de Cristo en la cruz, la disciplina del
Espíritu de Dios en su entorno y la impartición metabólica del
Espíritu como vida, todo esto con el fin de que ellos
sean renovados de día en día al despojarse de la vejez de
la vieja creación y al expresar en su vivir
la novedad de vida de la nueva creación*

El Espíritu de Dios renueva a los creyentes al hacer que éstos experimenten la muerte de Cristo en la cruz, la disciplina del Espíritu de Dios en su entorno y la impartición metabólica del Espíritu como vida, todo esto con el fin de que ellos sean renovados de día en día al despojarse de la vejez de la vieja creación y al expresar en su vivir la novedad de vida de la nueva creación (2 Co. 4:16; Ro. 6:4; cfr. Pr. 4:18). Proverbios 4:18 dice: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, cuyo brillo va creciendo hasta el pleno día”. Nuestra senda debe ser cada vez más resplandeciente. La expresión como “la luz de la aurora” indica que hay cierta frescura en nosotros. Debemos resplandecer cada vez más hasta el día en que vayamos a encontrarnos con el Señor.

**El propósito de Dios al conducir a los Suyos a estas diversas
experiencias, es que ellos ganen más de Él, sean partícipes de
Él mismo, le posean y le disfruten cada vez más,
por encima de cualquier otra cosa,
hasta que el disfrute de ellos alcance toda su plenitud,
según la revelación divina presentada al final
del Nuevo Testamento, con miras a que Su pueblo
llegue a ser, finalmente, la Nueva Jerusalén**

El propósito de Dios al conducir a los Suyos a estas diversas experiencias, es que ellos ganen más de Él, sean partícipes de Él mismo, le posean y le disfruten cada vez más, por encima de cualquier otra cosa, hasta que el disfrute de ellos alcance toda su plenitud, según la revelación divina presentada al final del Nuevo Testamento, con miras a que Su pueblo llegue a ser, finalmente, la Nueva Jerusalén (Fil. 3:7-14; 2 Co. 4:16-17; Ap. 21:2).

La intención de Dios es derribar todos los aspectos de nuestro hombre natural y reconstruirnos consigo mismo para hacernos un nuevo hombre, una parte de la nueva creación de Dios, a fin de que se cumpla la economía eterna de Dios con miras a la expresión de Dios

El hecho de que Dios se apareciera a Job da a entender que Dios quería ayudarle a Job a comprender que se encontraba en la esfera equivocada, es decir, la esfera en la que procuraba mejorarse a sí mismo como hombre de la vieja creación, en términos de su perfección, rectitud e integridad propias

La intención de Dios es derribar todos los aspectos de nuestro hombre natural y reconstruirnos consigo mismo para hacernos un nuevo hombre, una parte de la nueva creación de Dios, a fin de que se cumpla la economía eterna de Dios con miras a la expresión de Dios (2 Co. 5:17; Gá. 6:15). El hecho de que Dios se apareciera a Job da a entender que Dios quería ayudarle a Job a comprender que se encontraba en la esfera equivocada, es decir, la esfera en la que procuraba mejorarse a sí mismo como hombre de la vieja creación, en términos de su perfección, rectitud e integridad propias (Job 1:1; 42:5-6). Los métodos de superación personal se encuentran en la esfera equivocada, pues aun cuando alguien obtenga éxito en esta esfera, aún carece de Dios. Dios no permitirá que obtengamos éxito en esa esfera. Él desea ayudarnos a comprender que sin Él no valemos nada. Finalmente, toda la perfección que Job había alcanzado en el campo de la ética fue derribada, y él lo perdió todo. Sin embargo, una vez que perdió esto, pudo ganar a Dios.

En todas estas cosas, Job se glorificaba a sí mismo; pero Dios consideraba tales cosas como estorbos de los cuales Job debía ser despojado a fin de que él pudiera recibir a Dios mismo en Su naturaleza, vida, elemento y esencia, y así ser transformado metabólicamente para llegar a ser un Dios-hombre, un hombre en la nueva creación, que expresa a Dios y lo imparte a los demás

En todas estas cosas, Job se glorificaba a sí mismo; pero Dios consideraba tales cosas como estorbos de los cuales Job debía ser despojado a fin de que él pudiera recibir a Dios mismo en Su naturaleza, vida, elemento y esencia, y así ser transformado metabólicamente para llegar a

ser un Dios-hombre, un hombre en la nueva creación, que expresa a Dios y lo imparte a los demás (3:1; 19:9; 2 Co. 4:16; 3:6).

La esperanza de Job radicaba en cultivar el “árbol” de su propia integridad, pero Dios no habría de permitir que semejante árbol creciera en el ser de Job; por el contrario, Dios arrancó este árbol en el cual radicaba la esperanza de Job; al despojar a Job, ciertamente Dios no estaba airado con él ni lo consideraba Su adversario, sino más bien Su amigo íntimo

La esperanza de Job radicaba en cultivar el “árbol” de su propia integridad, pero Dios no habría de permitir que semejante árbol creciera en el ser de Job; por el contrario, Dios arrancó este árbol en el cual radicaba la esperanza de Job; al despojar a Job, ciertamente Dios no estaba airado con él ni lo consideraba Su adversario, sino más bien Su amigo íntimo (Job 19:10-11; Ez. 14:14, 20; Jac. 5:11; Job 10:13; cfr. Ef. 3:9). En Job 19:9-11 dice: “Me ha despojado de mi gloria, / Y quitado la corona de mi cabeza. / Me despedaza por todos lados, y perezco; / Y ha hecho pasar mi esperanza como árbol arrancado. / Hizo arder contra mí Su furor, / Y me cuenta para Sí como Su enemigo”. Dios no desea que el “árbol” de nuestra integridad crezca en nosotros; en vez de ello, Él desea que el árbol de la vida crezca en nosotros. Es posible que pensemos que somos hermanos y hermanas excepcionales, pero el Señor logrará, por medio de nuestras circunstancias, despojarnos de nuestra gloria. Puede ser que, mientras nosotros pasamos por algún sufrimiento, incluso lleguemos a pensar que Dios nos considera Sus adversarios, pero ésa es una mentira del diablo. Nunca debemos creer en las mentiras de Satanás. Parte del escudo de la fe consiste en que nosotros creamos que el corazón de Dios siempre desea lo mejor para nosotros. Dios nos ama. No digo esto de una manera superficial. Cristo murió por nosotros. Es debido a que Él quiere lo mejor para nosotros, que desea que lo ganemos. Ganarlo a Él es lo mejor que nos puede suceder.

Es necesario que en medio de nuestros sufrimientos demos cabida a la renovación de nuestro ser; de otro modo, nuestros padecimientos no nos traerán beneficio alguno; así pues, es preciso que seamos exhaustiva y absolutamente renovados día a día, mediante la renovación del Espíritu Santo, a fin de llegar a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén

Es necesario que en medio de nuestros sufrimientos demos cabida a

la renovación de nuestro ser; de otro modo, nuestros padecimientos no nos traerán beneficio alguno; así pues, es preciso que seamos exhaustiva y absolutamente renovados día a día, mediante la renovación del Espíritu Santo, a fin de llegar a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén (Ap. 21:2). Debemos orar: “Señor, ten misericordia de mí. No permitas que ninguna situación por la que tenga que pasar, resulte en vano; no permitas que siga siendo la misma persona. Señor, renuévame para que, junto con todos los santos, pueda llegar a ser tan nuevo como la Nueva Jerusalén”.—E. M.